

IGLESIA DIOCESANA

Tras la huella del padre Marcelino Iragui

El obispo de Kerala visitó Navaz, pueblo natal del carmelita, impulsor en la India del Movimiento Carismático y formador de sacerdotes y jóvenes

C.A.M. Navaz

El retablo barroco de la parroquia de San Martín de Navaz, del siglo XVIII, está decorado, en el cuerpo principal, con imágenes de San Martín de Tours, que da nombre al templo, y de los copatronos de Navarra: San Fermín y San Francisco Javier. La presencia del santo misionero que en el siglo XVI viajó a India y Japón no pasó desapercibida cuando hace unos días se rezó allí en castellano, inglés, latín, euskera y malayalam, uno de los 22 idiomas oficiales de la India. El que se habla en Kerala, el estado al sur del país asiático en el que recaló hace 73 años uno de los hijos de este pueblo de 32 habitantes del valle de Juslapeña, el carmelita Marcelino Iragui Redín. Parte de su familia, sobrinos y sobrinos nietos, junto a Pedro Jiménez Sarasa, sacerdote de la UAP de Berriozar y Valles, recordaron al sacerdote y misionero fallecido el año pasado en Vitoria. Y lo hicieron con el actual obispo de la diócesis de Vijayapuram, Sebastian Thekethecheril, que junto a otros dos sacerdotes de Kerala que trabajan en Vitoria y en Pamplona, Anosh y Ajith, quisieron conocer donde nació y rezó el misionero que ha dejado huella en su país con su papel como formador de sacerdotes y jóvenes.

Marcelino Iragui, como recordó su sobrino nieto Iñaki Iragui cuando falleció, fue profesor en el seminario de Alwaye donde se ordenó en 1951. Participó activamente en la visita del Papa Pablo VI a la India. Fundó el Movimiento Carismático católico en Kerala y los centros de retiro carismático en Kerala y Manjmel. Formó a gran número de sacerdotes del Movimiento Carismático y a jóvenes responsables del movimiento Jesus Youth.

La celebración en la iglesia de su localidad natal estuvo cargada de emoción y recuerdos. Reveló también la paradoja de que décadas después es en España, desde donde tantos carmelitas y jesuitas, muchos de ellos sacerdotes, viajaron a India y formaron a jóvenes de la región para ser sacerdotes, donde apenas hay religiosos o consagrados por la falta de vocaciones. Lo comen-



La familia Iragui y el sacerdote Pedro Jiménez con el obispo de Kerala y los sacerdotes de India que acudieron a Navaz.

C.A.M.



El padre Marcelino Iragui cruza un río junto a un grupo de jóvenes en la India.

CEDIDA

tó el obispo en Kerala, al hablar del paso de sacerdotes como Iragui o el vizcaíno Ambrosio Abasolo, también Carmelita, que era obispo de Vijayapura cuando llegó el nava-

rro. Citó los largos viajes en tren y recorridos a pie para acompañar donde le reclamaban. Muchas veces con su guitarra y casi siempre con la boina calada que completa-

ba la vestimenta religiosa.

En la iglesia de su pueblo natal se recordaron sus dotes como predicador, su carácter alegre y su integración en el país y en su cultura, que seguía recordando décadas después, cuando ya vivía en España y donde llegó a escribir al menos 17 libros religiosos y de espiritualidad. "Para nosotros ha sido importante estar aquí. Rezar por él en su parroquia. Su huella sigue presente y su trabajo también", dijeron los sacerdotes de Kerala, que interpretaron una canción en su idioma que se repite en funerales y despedidas.

La delegación de India conoció después la casa familiar de los Iragui, de la que salió con 12 años para formarse como carmelita, primero en el preparatorio de Villafranca, después en el noviciado de Larrea y por último en Vitoria y Bilbao. Allí regresó un tiempo para acompañar a su madre enferma. También ya anciano en sus visitas a Navarra. Hogar familiar de otros dos sacerdotes carmelitas misioneros, otro seglar y una religiosa de clausura de la orden y la misionera Hija de la Caridad, Sabina, que vive en Madrid tras años en Ruanda y Burundi.

EXTENDAMOS EL REINO DEL AMOR DE JESÚS EN EL MUNDO

Pentecostés (B)

CELEBRAMOS este domingo el envío del Espíritu Santo sobre los apóstoles para que les impulse en el anuncio del Evangelio y que así el reino del amor inaugurado por Jesucristo se extienda en todo el mundo. Todos los que crean en él podrán echar demonios en su nombre, hablar lenguas nuevas, beber un veneno mortal sin que les haga daño e imponer las manos a los enfermos para sanarlos.

LA BUENA NOTICIA

José Antonio Goñi

Aunque esto puede parecer imposible, cuando acogemos a Jesús en nuestra vida y el Espíritu Santo nos impulsa tenemos el amor reina en nuestros corazones y tenemos poder de transformar el mundo. Así, seremos capaces de echar demonios. En ocasiones, particularmente en situaciones ten-

sas, las personas actúan como si estuvieran poseídas, no son ellas mismas: enfados, gritos, ira... Sin embargo, ante esto se responde con amor (pidiendo perdón, sembrando paz, agradeciendo algo), se echa fuera ese "demonio" y la persona vuelve a su ser. Seremos capaces de hablar lenguas nuevas. Hacer un gesto que muestra amor (una sonrisa de acogida, un abrazo de apoyo, ofrecer ayuda a alguien...) es entendible por todas las personas sea cual sea su origen, su cultura, su lengua, su color piel, su forma de pensar... El lenguaje del amor es universal. Seremos

capaces de beber un veneno mortal sin que nos haga daño. Jesús ha vencido al mal y su amor es el mejor antídoto contra el peor de los venenos: el pecado. Jesús nos pide que andemos en una vida nueva donde no cabe la mentira, la envidia, el odio, el egoísmo... Y seremos capaces de sanar enfermos. Estar junto a una persona que sufre por enfermedad, por soledad, por cualquier otra dificultad de la vida, ofreciéndoles el amor que Jesús nos da es un modo de sanarle. Sentir una mano cercana, sentirse apoyado, hace más llevaderos los problemas de la vida.